

«¡Manalet, alerta!»

Y luego, forzando la voz, añadió:

«¡Allá van! ¡Allá va *Napoleón*, con toda la guardia imperial y la tropa menuda!»

Dicho esto desapareció, y yo me quedé absorto esperando ver á *Napoleón* con toda su guardia imperial. En efecto; por la rota escalera, á escape tendido, descendía un inmenso rebaño de innumerables seres compuesto. Saltaban de peldaño en peldaño por entre los pedazos de vigas, y con ligereza suma franqueaban los claros de la escalera, gruñendo, chillando, escarbandando, describiendo piruetas, curvas, círculos, y empujándose, confundiéndose y precipitándose unos sobre otros.

Delante iba el mayor de todos, individuo de privilegiada magnitud y belleza entre los de su clase, y seguíanle otros de menor talla, y muchos pequeños, entre los cuales los había jovenzuelos, juguetones, y no faltaban graciosos niños. No eran docenas, sino cientos, miles ¡qué sé yo!, un verdadero ejército, una nación entera, masa imponente que en otras circunstancias me habría hecho retroceder con espanto. Las oscilaciones de sus largos rabos negros eran tales, que parecían culebras corriendo en medio de ellos, y sus brillantes ojos de azabache expresaban el azoramiento y la ansiedad de retirada tan vergonzosa. Seguíanlos yo con la vista, y por una obscura puertecilla que vi en la pared sumergiéronse todos en breve tiempo, como chorro que cae al abismo. Acerquéme á dicha puerta y grité:

«Manalet, ¿estás ahí?»

Al principio no sentí rumor alguno, sino un lejano y vago son de hojarasca que me pareció producido por las pisadas de la guardia imperial sobre montones de hierba seca. Pero al poco rato creí escuchar voces

y lamentos que al principio parecieron aprensión mía, ó el eco de mis propios gritos. Como se repitieran más acentuados, resolví aventurarme en lo interior del aposento obscurísimo que ante mí se abría.

Nada pude ver en los primeros momentos; mas á poco de estar allí, distinguí las formas robustas de las tinajas y toneles, cajones rotos, arreos de caballerías y carros, y mil objetos de indefinible configuración, que iban saliendo poco á poco de la obscuridad á medida que mis ojos á ella se acostumbraban.

De pronto sentí que sonaban las hojas pisadas por mil patitas, y los cabellos se me erizaron de espanto. ¿Por qué, si allí no había leones, ni tigres, ni culebras, ni ningún animal verdaderamente fuerte y temible? Lo cierto es que tuve miedo, un miedo inmenso que heló la sangre en mis venas, dejándome atónito y paralizado. Quise huir, y hundíme en la hierba seca. Revolví los ojos en torno mío, y aumentó mi terror al ver que se disponía para acometerme por distintos lados, con la rabia de mil bestias feroces, todo el ejército imperial.

En un instante me sentí mordido y rasguñado en los tobillos, en las piernas, en los muslos, en las manos, en los hombros, en el pecho. ¡Infame canalla! Sus ojuelos negros y relucientes como cuentas me miraban, gozándose en la perplejidad de la víctima, y sus hocicos puntiagudos se lanzaban con voracidad sobre mí. Grité, pateé, manoteé... La turba insolente, aguijoneada por el hambre, me atacaba furiosa. Hallándome sin defensa, exclamé con angustia: «¡Badoret, Manalet, venid en mi auxilio! ¡Socorro!»

Por último, sacudiendo manotadas á diestro y siniestro, logré aminorar el vigor del ataque. Corrí de un lado para otro, y me siguieron; subíme á un gran tonel, y veloces como el rayo subieron ellos también. Su es-

trategia era admirable: adivinaban mis movimientos antes de realizados, y como saltara de un punto á otro, me tomaban la delantera para recibirme en la nueva posición.

¡Terrible animal! ¡Qué admirablemente le ha dotado la Providencia para que viva á despecho del hombre. Le ha hecho omnívoro para que encuentre alimento en todas partes; le ha dado ligereza para que huya; blandura para que no se sientan sus alevosos pasos; finísimo oído para conocer los peligros; vista penetrante para que atisbe las máquinas preparadas en su daño, y agudo instinto para burlar con hábiles maniobras las vigilancias exquisitas.

Además posee infinitos recursos, y como bestia cosmopolita, que igualmente se adapta á la cultura y al salvajismo, posee vastos conocimientos en diversos ramos: es ingeniero, y sabe abrirse paso por entre paredes y tabiques para explorar nuevos mundos; es arquitecto habilísimo, y se labra grandiosas residencias en los sitios más inaccesibles, en los huecos de las vigas y en los vanos de los tapias; es audaz navegante, y sabe recorrer á nado largas distancias de agua, cuando su espíritu aventurero le obliga al paso de lagunas ó ríos; se aposenta en las cuadernas de los buques, dispuesto á comerse el cargamento si le dejan, y á echarse al agua en la bahía para tomar tierra si le persiguen; es insigne mecánico, y posee el arte de transportar objetos frágiles y delicados; es geólogo insigne y sagaz minero, pues si advierte que no disfruta de grandes simpatías á flor de tierra, se mete allí donde jamás respiró pulmón humano, y construye bóvedas admirables por donde entra y sale orgullosamente, comunicando casas y edificios, y huertas y fincas, con lo cual abre ricas vías al comercio y destruye rutinarias vallas.

Poseyendo un gran sentido civilizador, se acomoda al carácter de las comarcas y regiones que escoge para desarrollar su genio activo... Nada respeta; en el tocador de la dama elegante se come los perfumes, y en casa del boticario las medicinas. En la iglesia engulle las reliquias de los santos, y en los teatros se apropia el coturno de Agamenón y la chinela de D. Pedro el Cruel. Artista á veces, si el destino le lleva á los Museos se almuerza á Murillo y cena con algo de Rafael, y en los gabinetes de los anticuarios y eruditos se convierte en uno de éstos por la influencia del ambiente, es decir, que se traga los libros.

Todas estas eminentes cualidades las desplegó contra mí la negra falange... Reponiéndome, al cabo de algún tiempo, de mi primitivo susto, arrebaté un palo que al alcance de la mano vi, y haciendo pie firme sobre el tonel, comencé á descargar golpes á todos lados, increpando á mis enemigos con todos los vocablos insultantes, groseros y desvergonzados de la lengua española. Al fin, amiguitos míos, á fuerza de trabajo y constancia pude adquirir el convencimiento de que no sería devorado.

Cuando me vi libre de la guardia imperial (pues no renuncié á darle este nombre), me hallaba tan cansado que di con mi cuerpo en tierra.

### VIII

Pero en la desbandada del numeroso ejército, no abandonaron el campo todos los combatientes, no; allí, enfrente de mí, arrastrando por el suelo su panza formidable, estaba uno, el más grande, el más fuerte, ¿por qué no decirlo? el más hermoso de todos, fijando en mí el chispeante rayo de sus negras pupilas, con la oreja atenta, el hocico husmeante, las garras preparadas, el

pelo erizado, y extendida la resbaladiza cola, escamosa y pardusea.

«¡Ah, eres tú, *Napoleón!* — exclamé en voz alta como si el terrible animal entendiese mis palabras. — Ya te reconozco. Eres el mayor y el más fuerte de todos... Infame, tu corpulencia y tu saber profundo te han dado el Imperio.»

Corrí hacia él; pero se escurrió ligeramente y le perdí de vista. Esta exploración me llevó muy adelante en la larga bodega. En un rincón de la última crujía había un tonel de los que llaman *tercerolas*, en pie, tapado con una baldosa, con aspecto muy parecido al de una colmena. Cierta vago rumor que de allí salía me hizo fijar la atención;... la boca del tonel estaba de frente. Por dicha boca apareció un dedo, después dos. En el mismo momento una voz infantil y cavernosa llegó á mis oídos diciendo:

«Andrés, ya te veo. Aquí estoy. Soy yo, Manalet. ¿Se ha ido esa canalla? Me metí aquí para que no me comieran, y he tapado mi casa con una baldosa. ¿Tienes algo de comer?»

— No; ya puedes salir. No tengas miedo.

— Están ahí todavía. Siento sus patadas. Son cientos de miles. Ayer no había tantos; pero *Napoleón* se fué esta mañana y ha vuelto con no sé cuántos miles más. Toma este eslabón y esta yesca, Andrés. Prende fuego en un manojo de hierba, teniendo cuidado de que no se encienda todo, y verás cómo echan á correr.»

Dióme por el agujero el pedernal, eslabón y pajuela, y al punto hice fuego. Cuando el resplandor de la llama iluminó las oscuras bóvedas y muros, todos los caballeros corrieron despavoridos, y bien pronto no quedó uno.

«Se han ido, Manalet. Ya puedes salir.»

Entonces vi que se levantó la baldosa que tapaba el

tonel, y aparecieron los cuatro picos negros de un bonete de cura. Debajo de este tocado sonreía con expresión de triunfo la cara de Manalet.

«Si tú no vienes — dijo, — ¿qué hubiera sido de mí?»

— ¡Bonito sombrero!

— Perdí la barretina, y como tenía frío en la cabeza... ya ves.

— ¿Y Badoret?

— Está en el tejado. Oye lo que nos pasó. Ayer cazamos algunos; pero no pudimos coger á *Napoleón*, que así le llamamos por ser el más grande y el más malo de todos. Cuando anocheció, anduvimos dando vueltas por la casa y nos encontramos una cama... Nos acostamos en ella; pero no pudimos dormir, porque al poco rato sentimos un rum de dientes y uñas... Eran esos pillos, que se estaban cenando la biblioteca. Nos levantamos, Andrés, y les apedreamos con los libros y con los muchos cacharros y figuritas de barro que el canónigo tiene allí.»

De este modo, con estilo pueril y picaresco, siguió Manalet contándome la ratonil aventura, en que los dos hermanos mostraron habilidad estratégica y venatoria. Situados en la bodega, acosaban al menudo ejército, y algunas piezas lograban coger con ingeniosas artes. Tuvieron la suerte de que la explosión de las granadas y el derrumbamiento del edificio les cogiese en los subterráneos. El susto fué grande; pero ningún daño sufrieron. Repuestos de su pavor, lanzáronse á divagar por las ruinas, advirtiendo que, destruída la casa, aumentaba desmedidamente la grey ratonil, y que ésta, con el audaz *Napoleón* al frente, recorría lo alto y lo profundo. Por un agujero que había debajo del tonel pasaban á los almacenes de la calle de la Argentería, y de aquí á la plaza de las Coles, donde tenían comunicación subterránea con el río...

Oída la relación de Manalet, le propuse que subiésemos en busca de su hermano, y trepando por la destrozada escalera llegamos á un cuarto interior, el único aposento que en habitabilidad relativa se encontraba. En una cama, perteneciente sin duda á la servidumbre del señor canónigo, encontramos á Badoret profundamente dormido. Despertámosle no sin trabajo. El travieso rapaz, que en su rudo aprendizaje de la vida y en su vagabunda actividad había llegado á la maestría picaresca, me llevó á que viese los destrozados vestigios de la biblioteca, y allí me dijo: «Si el señor Marijuán quiere unas lonjitas de manuscrito de ochocientos años y una copita de tinta superior, se lo puedo servir.» Después me mostró un niño Jesús de alfeñique, regalo de las monjas al Sr. Montagut. Lo habían encontrado en el cajón de una cómoda. Destinaban este precioso regalo á su hermano Gasparó; pero no en toda su integridad, porque ya Manalet se había comido una pierna del Niño y Badoret la mitad de la otra. Entendí que acabarían por comérselo todo.

Explicáronme luego sus planes para coger vivo al tremendo *Napoleón*. Badoret lo expuso en esta forma: «¿Ves este gran artesón? Pues lo ponemos boca abajo, levantado por un lado con una cañita; se ata á la punta alta de la cañita un hilo; se ponen debajo unos pedazos de ratoncillos muertos que hay en la escalera, los cuales quemaremos antes para que huelan; plantamos en el patio todo este artilugio, y nos escondemos en la escalera con el hilo en la mano para poder tirar sin que nos vean. Hacemos humo en el sótano. Salen todos con el gran *Napoleón* á la cabeza, y éste los lleva al artesón, que es España; empiezan á roer, diciendo: «¡qué buena conquista hemos hecho!»; entonces tiramos del hilo, y España se les cae encima cogiéndolos vivos.»

Dicho esto, cargaron con el artesón y bajáronlo al patio, y en un instante el ingenioso artificio quedó muy bien instalado, con el cebo dentro y el hilo en su lugar. España estaba dispuesta; no faltaba más que la invasión francesa. Entré con Badoret en la bodega, y vimos que allí estaba la nefanda caterva ratonil, como en deliberación de la campaña que había de emprender. Rápidamente tapamos el agujero que les ponía en comunicación con la calle de la Argentería, y mientras yo apaleaba con rápidos golpes á todo bicho viviente, acorralándolos entre las pipas, Badoret prendió fuego á una buena porción de hojarasca, y cuando el denso humo nos impedía la respiración, salimos al patio.

Pronto la puerta de la obscura cueva empezó á vomitar guerreros inflamados en bélico ardor. Corrieron por el patio en distintas direcciones, subieron la escalera, tornaron á bajar, y no pocos de ellos acercáronse al artesón, en quien veían los chicos nada menos que la representación genuina de nuestra querida y desgraciada madre España. Badoret de improviso nos impuso silencio:

«Ahí viene; apártense todos, y abran paso á su grandeza.»

En efecto; el más grande, el más hermoso, el más gordo de aquellos guerreros apareció en la puerta del subterráneo. Desde allí revolvió con orgullo á todos lados los negros ojos, y moviéndose despacio, arrastraba con elegantes ondulaciones el luengo rabo. Contrajo el hocico, mostrando sus dientes de marfil, y escarbó el suelo con viveza y coraje. Anduvo largo trecho entre la turbamulta de los suyos, que con desdén miraba, y al llegar á mitad del patio, vió aquel inusitado artefacto que teníamos dispuesto. Acercóse, y estuvo mirándolo por diversas partes, sorprendido

sin duda de su extraña forma. Muy por lo bajo, dije yo á Manalet:

«Este emperador tiene demasiado talento para meterse aquí.»

*Napoleón* se acercó con paso resuelto. Aunque dotado de inmensa previsión y de penetrante vista, el humo de gloria que llenaba su cerebro había enturbiado sus poderosas facultades, y encontrándolo todo fácil, sin ver más que á sí mismo y á su feliz estrella, precipitóse decididamente dentro de España. El hilo funcionó, y cayendo con hueco son la artesa, Su Majestad quedó en la trampa.

«¡Ah, pícaro, tunante, ladrón! — gritó Badoret saltando de gozo. — Ahora las vas á pagar todas juntas.

— Irás vivo al mercado — añadió el otro, — y nos darán por tu cuerpo nueve reales. Ni un cuarto menos, hermano Badoret.»

Atado por el rabo el vencedor de Europa, los chicos querían llevarlo al mercado; pero yo lo tomé para mí, diciéndoles:

«Si trabajáis un poco más, no os faltarán reses bien gordas que llevar á la plaza.»

Quedáronse allí. Harían, sin duda, nuevas y valiosas presas. Atravesé la puertecilla que comunicaba el patio de la casa de Ferragut con el de la mía, cuando tropecé con un cuerpo duro. Era Nomdedeu, que sin ninguna insinuación cortés, poseído de brutal egoísmo, pretendió que le diese la hermosa presa que yo llevaba. Mi furor repentino no me dió tiempo ni aun para una negativa verbal. Yo no era hombre; era una bestia rabiosa que carecía de discernimiento para reconocer su estúpida animalidad... Me arrojé sobre Nomdedeu; le derribé sin trabajo; le increpé con bárbaro rugido; clavé mis dedos en el cuello enjuto del doctor; le sofocqué hasta que los brazos de éste se extendieron en cruz...

Exhaló D. Pablo un gemido, y cerrando los ojos quedó mudo, inerte...

Me levanté jadeante, y sin lástima miré al hombre sin ventura que á mis pies yacía. *Napoleón*, que durante la lucha se había visto libre, huyó arrastrando la cuerda que era como prolongación de su cola... Pasé yo á mi casa, y en el taller encontré á Siseta acurrucada y llorosa. Á su lado vi el cadáver de Gasparó, y más al fondo advertí la presencia de una tercera persona.

Era Josefina, que hallándose sola por largo tiempo en su casa, había bajado arrastrándose. Á la vista de Siseta, me sobrecogió un temor inmenso, una angustia de que no puedo dar idea, y mi conciencia, que poco antes estuvo en sombras, me inundó de improviso con espantosas claridades. Un gran impulso de llanto se determinaba en mi interior; pero no podía llorar. Retorciéndome los brazos, golpeándome la cabeza, exclamé sin poder contener el grito de mi alma irritada:

«Siseta, soy un criminal. He matado al señor Nomdedeu. Soy una bestia feroz. Él quería quitarme lo que yo guardaba para ti.»

Siseta no me contestó. Estaba estupefacta y muda, y la extenuación, juntamente con el profundo dolor, la tenían en situación parecida á la estupidez. Josefina me miraba con espantados ojos que me parecieron los ojos de su padre.

Anhelando arrojar lejos de mí las terribles imágenes que me acosaban, volvíme á Siseta y le dije:

«Siseta de mi corazón, ¿ha muerto Gasparó? ¡Pobre niño! Y tú, ¿cómo estás? ¿Te hace falta algo? ¡Ay! Huyamos de esta casa, salgamos de Gerona, vámonos á la Almunia, á descansar á la sombra de mis olivos.»

Un extraordinario y vivísimo ruido exterior no me dejó lugar á más reflexiones ni á más palabras. Sonaban cajas, corría la gente; la trompeta y el tambor lla-

maban á todos los hombres al combate. Siseta alargó lentamente el brazo, y con su índice me señaló la calle.

«Ya, ya lo entiendo—dije.—Don Mariano nos llama. Vamos á morir. Anhele la muerte, Siseta. Adiós. Aquí están los chicos...» Badoret y Manalet entraron de rondón, diciendo:

«Hermana Siseta, trece reales, traemos trece reales. ¿Has arreglado á *Napoleón*? ¿En dónde está *Napoleón*?»

Manalet llevaba el Niño Jesús de alfeñique con las piernas y brazos de menos, y el cuerpo y cabeza muy lamidos.

## IX

Con mi fusil al hombro corrí por las calles. Estaba ciego y no veía nada ni á nadie. Mi cuerpo desfallecido apenas podía sostenerse; pero lo cierto es que andaba, andaba sin cesar... Fuí á la muralla de Alemanes, hice fuego, me batí con desesperación contra los franceses que venían al asalto, gritaba como los demás y como los demás me movía. Era la rueda de una máquina, y me dejaba llevar engranado á mis compañeros. No era yo quien peleaba; era una fuerza superior, colectiva, un todo formidable que no paraba jamás. Lo mismo era para mí morir que vivir. Este es el heroísmo, á veces un impulso deliberado y activo, á veces un ciego empuje, un abandono á la general corriente, una fuerza pasiva, el mareo de las cabezas, el mecánico arranque muscular...

En el fragor de aquel pugilato entre gigantes, pude darme cuenta, sin dolor alguno, de que todo daba vueltas en derredor mío: combatientes, muralla, cielo y tierra giraban... Sin saber cómo, quedé apartado del conjunto activo. Fuerza poderosa me arrojó hacia

atrás, y al caer, bañado en sangre, exclamé en alta voz:

«¡Gracias á Dios que me he muerto!»

Un paisano, que por no tener arma se contentaba con arrojar piedras, arrancó el fusil de mis manos inertes, y ocupando mi puesto gritó con alegría:

«Acabáramos. ¡Gracias á Dios que tengo fusil!»

Fuí primero hollado y pisoteado... Después, manos piadosas me apartaron... Las monjitas diéronme de comer y curaron mi lacerado cuerpo, diciéndose unas á otras:

«El pobrecillo no vivirá.»

No sabía dónde estaba, y érame imposible apreciar el tiempo que transcurría. Sólo en una ocasión recuerdo haber abierto los ojos, adquiriendo la certidumbre de que me rodeaba obscurísima noche. En el cielo, tristes estrellas fulguraban con blanca luz... Otra vez abrí los ojos, y un accidente harto original me obligó poco después á empeñarme en usar de la palabra. Entre la mucha gente que por allí en distintas direcciones discurría, vi un muchacho en quien hube de reconocer á Badoret...

Badoret llevaba á cuestras el cuerpo de un niño de pocos años, cuyas piernas y brazos colgaban hacia adelante. Así cargaba comúnmente á su hermano cuando vivía, y así le llevaba muerto. Hice un esfuerzo y llamé al muchacho. Éste, que se inclinaba á examinar á los que allí en diversos puntos yacían, acercóse á mí y me dijo:

«Andrés, ¿tú también te has muerto?»

— ¿Por qué llevas á cuestras el cuerpecito de tu hermano?»

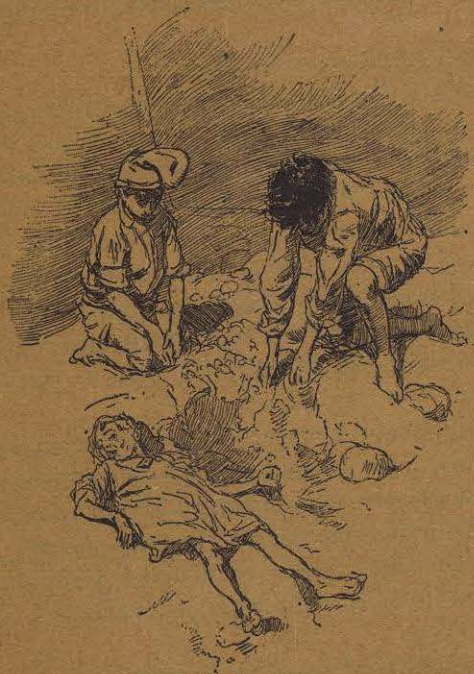
— ¡Ay! Andrés, me mandaron que lo echara al hoyo que hay en la plaza del Vino; pero no quiero enterrarlo, y lo llevo conmigo. El pobre ya no llora ni chilla.

— ¿Y tu hermana?»

— Hermana Siseta no se mueve, ni habla, ni llora tampoco. La llamamos y no nos responde.»

Algo más quise decirle; pero se me extinguió el don de la palabra... Nubláronse mis ojos cuando vi desaparecer á Badoret con su lúgubre carga.

La fiebre traumática me tomó por su cuenta, y uno tras otro, diferentes delirios caldearon mi cerebro,



reproduciendo los hechos anteriores á la situación en que me encontraba. Hablé con Siseta, hablé con Nomdedeu. Á éste le dije: «¡Ah, Sr. D. Pablo, los dos hemos muerto, y ahora nos juntamos en lo que llamábamos allá *la otra vida*; sólo que usted camina hacia el Cielo

y yo voy derecho á los Infiernos!...» Hablé también con *Napoleón*, persiguiéndole en su fuga... Cuando alcanzaba yo la cuerda, que era como prolongación de su rabo, el pícaro se me escabullía, volviéndose de vez en cuando para escarnecerme con groseras burlas...

Turnaban luego en mi cerebro los delirios pavorosos con los gratos, hasta que un día me reconocí en el uso normal de mis sentidos y con el entendimiento en apacible claridad. Vi el cielo encima, en derredor mío mucha gente, y á mi lado un fraile. No se oían cañonazos, y el silencio, con serlo, parecía un ruido indefinible.

«Joven — me dijo el fraile, — ¿estás mejor? ¿Te sientes bien? Esa herida del pecho no es mortal.

— ¿Qué ocurre, Padre? ¿Qué día es hoy? ¿Á cuántos estamos?

— Hoy es el 9 de diciembre, y ocurre una inmensa desgracia. Está enfermo D. Mariano Álvarez. Hoy le ha entrado el delirio, y ha traspasado el mando al teniente de Rey D. Juan Bolívar. Desde que Álvarez está en cama, nadie considera posible la defensa. Sólo hay mil hombres disponibles, y aun éstos también están enfermos. Á estas horas se celebra junta de jefes para ver si se rinde ó no Gerona.»

Seguimos hablando. Yo puse á mis palabras acento de confesión cuando dije al fraile que me sentía muy arrepentido de haber dado muerte al doctor Nomdedeu, porque quiso quitarme un ratón gordo y lucido. «Hijo mío — repuso el fraile, — ó estás aún delirando, ó confundiste con otro al Sr. Nomdedeu, pues tengo la seguridad de haber visto á éste hoy mismo, si no bueno y sano, al menos con vida.»

Gozoso de la resurrección del buen doctor, pregunté al fraile si algo sabía de Siseta, y así me contestó: «Hijo, nada puedo decirte de esa joven. Sólo sé que la

casa donde vivía el Sr. Mongat y el Sr. Nomdedeu, ha sido destruída por una bomba ayer mismo. Tengo idea de que todos sus habitantes se salvaron, excepto alguno que se ha extraviado, y no se le puede encontrar.»

¡Oh ansiedad peor que la muerte, oh incertidumbre peor que la certeza de las mayores desdichas!... ¡Y yo clavado en aquella cama, más lúgubre que un ataúd!

Álvarez, según oí, se agravaba por instantes, y recibió los Sacramentos el mismo día 9; pero aun en tal situación insistía en no rendirse, repitiendo esto con palabras enérgicas, lo mismo dormido que despierto. Por la tarde corrió el rumor de que al día siguiente entrarían los franceses. La multitud acudió á la residencia del General, y alborotó largo rato pidiendo á Su Excelencia que saliese de nuevo á gobernar la plaza.

Dicen que Álvarez, en su delirio, oyó los populares gritos, é incorporándose dispuso que resistiéramos á todo trance. Á pesar de esto, ya no se hablaba más que de capitulación. ¡Capitular! Parecía imposible tal cosa cuando aun existía pegado á las esquinas el bando de D. Mariano: *«Será pasada inmediatamente por las armas cualquier persona á quien se oiga la palabra capitulación ú otra equivalente.»*

## X

Según oí decir, los franceses habían dado una hora de plazo para rendirnos. La Junta pedía un armisticio de cuatro días. El Mariscal Augereau no quiso acceder á ello, y por último, después de muchas idas y venidas de un campo á otro, quedó estipulada nuestra rendición á las siete de la noche del 10 de diciembre.

Durante la noche, los vecinos y los soldados, sabedores ya de las principales cláusulas de la capitulación, inutilizaron las armas ó las arrojaron al río, y al ama-

necer, los que podían andar, que eran los menós, salieron por la puerta del Areny para depositar en el glacis unas cuantas armas, si tal nombre merecían algunos centenares de herramientas viejas y fusiles despedazados.

En honor de la verdad, debo decir que los franceses entraron sin orgullo, contemplándonos con cierto respeto; y cuando pasaban junto á los grupos donde había más enfermos, nos ofrecían pan y vino... Durante todo el día no cesaron de entrar carros cargados de víveres que, estacionados en las plazas de San Pedro y del Vino, servían de depósito, adonde todo el mundo iba á recoger su parte. ¡Comer! ¡qué novedad tan grande! Sentíamos el regreso del cuerpo que volvía, después de larga ausencia, á ser continente del alma.

Dadme albricias, porque al fin, señores míos, me reconocí con bríos para andar veinte pasos seguidos, aunque apoyándome con la derecha mano en un palo, y con la izquierda en las paredes de las casas. El aspecto de Gerona en el fúnebre día de la rendición era por demás horrendo. En calles y plazuelas vi ruinas, fétidos charcos, casas despanzurradas mostrando su interior como una desnudez repugnante, insepultos cadáveres de hombres y animales, murallas deshechas, bastiones reducidos á polvo, vestigios de un pueblo estoico, que no sabe rendirse sino muerto.

Cuando llegué á la calle de Cort-Real, vi en casi total ruina ¡ay dolor! la casa donde se albergaban los míos. Dijéronme los vecinos que el Sr. Nomdedeu y su hija estaban aposentados en la calle de la Neu; de Siseta nada se sabía; Badoret y Manalet vagaban aún por las calles. Contristado con tales noticias, y viendo que no había para mí otro guión de mis pesquisas que el dédalo de las calles, á éstas me lancé animoso. La suerte me favoreció, pues á la media hora de correr



preguntando, di con los dos muchachos que de Mercadal venían jadeantes, la ropa en andrajos, los pies heridos, los rostros cadavéricos... Su mísero estado no me dió tiempo á la compasión; antes que ésta entró en



mi alma el júbilo con la noticia que fué su salud apenas me vieron: Siseta vivía, Siseta se hallaba en el aposento alto de la casa de Ferragut, el mismo donde encontré á Badoret dormido el día de la epopeya ratonil y de la captura de *Napoleón*.

Mi espíritu se iluminó; cesaron la incertidumbre y

el horroroso miedo de quedarme viudo antes de casado... «¡Adelante, hijos; arriba! Llevadme adonde está vuestra querida hermana.» Extenuada encontré á Siseta, y dolorida de mi ausencia; pero al fin Dios nos reunía, y los cuatro nos abrazamos lamentando la falta del pobrecito Gasparó, que se había ido de Gerona al Cielo... Como ya, rendida la plaza, teníamos sano alimento, Siseta no tardó en reponerse... Vivíamos, y esto no era poco en aquellos tiempos de trágica desolación. Acabo aquí mi cuento, en lo que tiene de personal, añadiendo, para rematar el cuadro, que D. Pablo Nomedeu perdió el juicio y su hija lo recobró. La intensidad de las impresiones, en los días terribles de muerte y hambre, fué para ella como heroico y decisivo medicamento. El buen D. Pablo, que al ver razonable á su hija desvariaba con graciosa locuacidad, no hacía más que reír y frotarse las manos, repitiendo como estribillo mental el famoso *Similia similibus*.

## XI

Pero aún me queda otra parte del cuento, y es que, como prisionero de guerra, tenía que partir á Francia con todos los defensores de Gerona. La razón de no haber partido al día siguiente de la rendición fué que me incluyeron entre los enfermos, y á éstos, como al propio Gobernador D. Mariano Álvarez de Castro, se concedieron algunos días hasta que nos hallásemos en disposición de emprender el penoso viaje.

Salimos, pues, el 21 de diciembre (¡adiós, Siseta; adiós, Badoret y Manalet, cara esposa y hermanitos míos! Volveré). Delante iba, rodeado de gendarmes, el coche en que llevaban al gran Álvarez; seguían los oficiales; detrás íbamos los sargentos y soldados, convalecientes de graves heridas ó de la epidemia. La pro-

cesión no podía ser más lúgubre. No se oía más que lengua francesa, que hablaban en voz alta y alegre nuestros dominadores. Los españoles íbamos mudos y tristes. El 22, á las tres de la tarde, llegamos á Figueras. En el castillo de esta plaza encerraron al General, después de someterle á un necio, impertinentísimo interrogatorio. Se le pedían cuentas de su heroísmo, de su inaudita constancia y espartana entereza. Álvarez respondió: *Si sois hombres de honor, habríais hecho lo mismo en mi lugar.*

Sin más que un descanso nocturno, seguimos el áspero camino: en Junquera nos detuvimos poco; pasada la frontera llegamos á Perpiñán, y nos metieron en el *Castillet*, airosa fortaleza de ladrillo, obra del Rey D. Sancho. Al héroe de Gerona le pusieron en un tenebroso aposento á manera de calabozo. No pudo Álvarez contener su enojo, y á sus indignos carceleros increpó en esta forma: *¿Es este sitio propio para vivienda de un General? ¿Y son ustedes los que se precian de guerreros?*

Los demás fuimos aposentados en sótanos inmundos, y el Alcaide nos notificó que nos daría de comer, siempre que lo pagáramos en buena moneda española. Allí estuvimos hasta que con diciembre terminó el trágico año de 1809, enfermos todos, y más que doliente moribundo el insigne Álvarez de Castro, que como caballero cristiano sufrió su cruel martirio corporal y las villanías y burlas de sus carceleros... En esto, se recibió la orden de que fuésemos internados. De Perpiñán nos sacaron escoltados por tropa y gendarmería; hicimos noche en Sitjans, donde la culta Francia nos ofreció el caso de mayor vilipendio que podríais imaginar. Sacaron de su coche al General y le aposentaron con los demás de su séquito en una cabailleriza llena de estiércol, donde no había cama ni sillas,

ni nada que se pareciese á un mueble, siquier fuese el más mezquino y pobre. Agotada la paciencia ante tanta infamia, y viendo cuán poco adecuado era aquel inmundo sitio para quien por su categoría, y además por su estado lastimoso, tenía derecho á extremadas consideraciones, no pudimos contener la explosión de nuestro enojo, y con durísimas palabras increpamos al jefe de la Gendarmería... Por último, el cochero, por orden ó por simple tolerancia del jefe de la fuerza, introdujo en la cuadra una cama en que descansó algunas horas el desgraciado enfermo, cuya prodigiosa resistencia parecía tocar al último límite.

Á la mañana siguiente, cuando nos poníamos de nuevo en marcha, aparecieron guardias á caballo con una orden urgente para el jefe que nos conducía. Éste, abriendo el pliego en nuestra presencia, nos dió á conocer su contenido, el cual era que *Monsieur Álvarez* debía volver á España. Nos alegramos de veras, por la esperanza de ver pronto á la patria querida, y hasta sospechamos si nos dejarían en libertad luego que traspasáramos la frontera.

Pero Dios irritado y Francia vengativa no querían que nuestras desdichas tuviesen término. Es el caso que cuando con el mayor gozo pisábamos la tierra de España, se presentaron unos guardias á caballo con nuevas órdenes para los gendarmes. Mostróse el jefe muy contrariado, y habiendo surgido ligera reyerta entre éste y uno de los portadores del oficio, oímos una frase, que, aunque dicha en francés, fácilmente podía ser entendida: *«Monsieur Álvarez debe volver, pero los demás españoles no.»*

Al punto comprendimos que se nos quería separar de nuestro idolatrado General, dejándonos á todos en Francia, mientras á él se le llevaba solo, enteramente solo, al castillo de Figueras. Esto causó desolación en

la comitiva. Algunos, cerrando los puños y vociferando como insensatos, dijeron que antes se dejarían hacer pedazos que abandonar á su caudillo; otros, creyendo mal camino para convencer á nuestros conductores el de la amenaza y la cólera, intentamos ablandar con buenas palabras al jefe de los gendarmes. Suplicamos todos en diverso estilo que nos dejasen asistir y consolar á nuestro querido Gobernador, pero todo fué inútil. Como complemento de los mil martirios que con refinado ingenio habían aplicado al héroe, quisieron someter su grande alma á la última prueba. Ni su enfermedad penosísima, ni sus años, ni la presunción de su muerte, que se creía próxima y segura, les movieron á lástima. ¡Tanta era la rabia contra aquel que había detenido durante siete meses, frente á una ciudad indefensa, á más de cuarenta mil hombres, mandados por los primeros Generales de la época; que no había sentido ni asomos de abatimiento ante una expugnación horrorosa en que jugaron once mil novecientas bombas, siete mil ochocientas granadas, ochenta mil balas, y asaltos de cuyo empuje se puede juzgar considerando que los franceses perdieron en ellos veinte mil hombres!

La separación era, por el implacable rigor francés, absolutamente inevitable. Despidiéndonos con ánimo sereno, el General nos dijo que renunciaríamos á una inútil resistencia, conformándonos con nuestra suerte; añadió que él confiaba en el próximo triunfo de la causa nacional, y que, sintiéndose próximo á morir, su alma se regocijaba con aquella idea. Recomendónos la prudencia, la conformidad, la resignación, y él mismo dió á sus conductores la orden de partir, para poner pronto fin á una escena que desgarraba su corazón lo mismo que el nuestro. El cupé partió á escape, y nos quedamos en Francia, sujetos por los gendarmes,

que nos ponían sus fusiles en el pecho para impedir las demostraciones de nuestra ira. Desesperados, los ojos llenos de lágrimas, vimos partir el coche, que se perdía poco á poco entre la bruma; y cuando dejamos de verle, uno de los ayudantes, bramando de ira, exclamó: «Se lo llevaron esos perros; se lo llevan para matarle sin que nadie lo vea.»

Sucedió lo que temíamos... Murió el General Álvarez en el castillo de Figueras. ¿Quién cortó aquella vida? ¿Dios ó Francia? La Historia no ha puesto en claro esta enorme y pavorosa cuestión.

Expiró Álvarez en su cárcel, sin que se diese explicación facultativa de aquel paso de este mundo al otro. El cadáver fué expuesto en unas parihuelas á la vista del pueblo de Figueras, que subió en tropel á contemplar lo que quedaba del grande hombre.

La muerte del héroe de Gerona, ya fuese criminal golpe asestado por la venganza, ya fuese consecuencia física de los padecimientos crueles á que le sometieron sus cautivadores, quedó y quedará siempre en la Historia como indeleble borrón del Imperio.

